

LA DONCELLA DE LA ROSA

Julio Ángel Escajedo Pastor



Alfonsina Torres

La Doncella de la Rosa

Julio Ángel Escajedo Pastor

Ilustración de cubierta: *Delfina Palma*



Editado:

ISBN: 978-84-92893-26-3

Antequera, 2

28041 Madrid

info@equiposirius.com

www.equiposirius.com

Libro I: Annerose

*Tu inteligencia es como el fuego,
pienso mientras contemplo las llamas:
necesaria y cálida, y también
devoradora y destructiva.*

Llamas (2), *Berna Wang*

Capítulo 1: Un mal comienzo

—Esto no puede estar sucediendo — repitió por enésima vez el cadete Maximillian Prichner mientras contemplaba a sus camaradas de armas encerrados junto a él.

La letanía, recitada a modo de mantra protector, no parecía haber surtido ningún efecto a lo largo de la última hora. La celda,

limpia, espaciosa y antigua –con rejas, ni siquiera con un campo de fuerza– se hallaba sumida en la penumbra y no era más que una zona de tránsito para alborotadores ocasionales situada en un edificio anexo al astropuerto de Werner. Desde la pequeña ventana enrejada se veían dos de las lunas de Lohengrin en su recorrido nocturno.

Sentado en el suelo al lado de Max se encontraba Albert Hollerstein. El cadete estaba sumido en sus pensamientos y se limitaba a ignorar por completo a su molesto compañero. De pie frente a ellos, se había colocado Theodora Muller, la última integrante del grupo. Al igual que sus compañeros, Dora vestía el uniforme de cadete de la Flota Imperial, que la designaba como una de las primeras mujeres que había accedido a ese puesto. A la luz de las lunas, su melena pelirroja relucía como el fuego y su expresión era serena, como si se estuviese limitando a disfrutar del paisaje ofrecido por sus anfitriones.

En otras circunstancias, la plácida noche sin nubes en la capital imperial hubiera sido una visión majestuosa.

—Esto no puede estar sucediendo. Estamos acabados. Mañana seremos civiles. ¡Expulsados en víspera de nuestro momento de gloria por culpa de unos malditos paletos!

—Si no recuerdo mal, fuiste tú quien dio el primer puñetazo— espetó Dora—. Y también fuiste el primero en ir al suelo.

—¿Y quién de vosotros me avisó de que ese tipo venía acompañado de tantos amigos?— dijo Max frotándose la mejilla izquierda, que estaba empezando a adquirir un color morado.

Albert rompió el silencio en el que se había sumido los últimos minutos.

—Por lo menos Annerose consiguió escapar...

—¿Esa buena para nada? Apuesto cincuenta coronas a que, al primer signo de problemas, se ha acurrucado detrás de la barra, muerta de miedo— replicó Max.

—Si os referís a una muchacha morena y bajita, yo no me preocuparía.— La voz retumbó por toda la celda mientras una enorme figura que vestía el uniforme del Cuerpo Imperial de Marines emergía del extremo opuesto de la sala.

El gigante se había presentado hacía un buen rato como el recluta Klaus Heinges y se encontraba en la misma situación que el trío al haber intervenido en su ayuda durante la pelea. A Max, que había olvidado la presencia del marine, se le heló la sangre al oírle hablar. La musculatura exagerada de Klaus indicaba que había nacido en Celeres, mundo agrícola poseedor de la mayor fuerza de gravedad de los planetas habitados del Eje. Eso le convertía en un candidato excelente a marine imperial y en un enemigo formidable en combate cuerpo a cuerpo, como había demostrado esa noche.

—Mientras estábamos ocupados, la he visto abrirse paso hasta la puerta. Su técnica no era del todo depurada, pero sí muy efectiva.

Hubiera sido una buena marine, salvo por la estatura.

—¿Qué?— saltaron a la vez los cadetes.

—Oh, sí. No exagero. No pude fijarme bien, pero conté por lo menos un par de bajas. El último de ellos creo que no podrá tener hijos a juzgar por la terrible patada que le propinó.

Un escalofrío recorrió la columna de Max y Albert al imaginar la escena.

—La policía llegó enseguida,— prosiguió Klaus— así que supongo que vuestra amiga fue en busca de refuerzos. Normalmente esperan un poco más, hasta que la mayoría de los combatientes huyen o caen inconscientes. No les culpo, el pasatiempo local parece ser destrozar los bares cercanos al astropuerto.

Albert no pudo reprimir una sonrisa. Conocía a Annerose desde su infancia en Taunus y no había dejado de sorprenderle, incluso después de tantos años. La pequeña Annerose, viva e inagotable, se había convertido de la noche a la mañana en otra persona distinta,

callada y reservada, tras la muerte de su padre. Albert había notado el cambio a lo largo de los siguientes años y había sido testigo de cómo una sola idea quedaba implantada en la mente de la muchacha: formar parte de la Flota Imperial.

Albert se había presentado junto a ella al examen de ingreso de la Academia. De eso hacía ya casi cuatro años. Faltaban diez días para que los cadetes despegaran rumbo a Heidelberg en un vuelo de entrenamiento a bordo de un crucero imperial. ¡Un vuelo real! Eso era algo que merecía celebrarse. Pero ahora veía el futuro en la Flota muy negro, al menos para los miembros capturados durante la escaramuza.

Un zumbido devolvió a Albert a la realidad. Al escuchar el chasquido del anticuado cerrojo eléctrico de la celda, los prisioneros callaron de golpe. Durante una eternidad, los cuatro presos contemplaron expectantes la puerta y esperaron la llegada del verdugo. Finalmente, un hombre con el uniforme del

Departamento de Seguridad de Werner entró en la celda.

—Vosotros cuatro, fuera de aquí. Recoged vuestras cosas en el mostrador de la derecha y largaos—. A pesar de intentar dar un tono firme a su voz, el oficial recitó la frase como si de un ritual cotidiano se tratase. —¡Y que no os vuelva a ver por aquí!

—¿Estamos libres?— aventuró Max mientras formulaba una silenciosa plegaria en la que prometía prescindir de todas las malas actitudes por las que era conocido. Bueno, de la mayoría.

—Los cargos han sido retirados, en efecto.

—¡Estamos libres!— Max sintió un alivio indescriptible. Habían estado cerca del abismo, pero habían capeado el temporal. El futuro era un tiempo lleno de promesas en el que alguien como él podía abrirse paso hacia la gloria. — ¡Estamos libres!

–Pero no hay lugar a donde pueda huir de mí, cadete Prichner.

Obmierdaobmierdaobmierda.

Los sentidos de Maximillian, nublados por la alegría de su liberación, le habían impedido percatarse de la presencia de dos personas detrás del policía. El primero no necesitaba presentación, por lo menos para los cadetes. Erich Ederhart, el comodoro “Niffleheim” como era apodado entre los estudiantes, veterano de la guerra contra la Confederación de Edelman, había cambiado el puesto de mando de un escuadrón de destructores por la a simple vista más tranquila enseñanza en la Academia de la Flota, aunque no por ello había dejado de entablar combate contra un enemigo de peor naturaleza: los cadetes problemáticos. Además de impartir cursos de táctica espacial, el comodoro Ederhart era el director de la Academia de la Flota y, como tal, el responsable directo de las acciones de todos los cadetes. O, como opinaba Max, el

encargado de que los cadetes supieran lo que era sufrir el infierno en vida.

—¡Señor!— exclamó Max mientras intentaba realizar el saludo más perfecto sacado del libro, gesto que sus compañeros se apresuraron a imitar. *La jodiste, Max. Ahora sí que estás acabado.*

El acompañante del comodoro vestía el uniforme del Cuerpo de Marines.

—¡Sargento Grünhein, señor!—. Al contrario que los cadetes, Klaus no parecía estar nada intranquilo por la presencia de su superior.

—¡Recluta Heinges, maldita sea! ¡Cuándo me llamaron debí haberme imaginado que esto era cosa tuya! ¿Qué tienes que alegar esta vez?

—Mi participación fue incidental, señor. Estos muchachos se hallaban envueltos en una civilizada discusión a través de sus puños con la fauna local. Entonces, uno de los paletos rompió las reglas de la etiqueta social y esgrimió un cuchillo, así que tuve que hacerle ver su falta de cortesía. Si me hubiera quedado quieto,

habría dado mal nombre al Cuerpo, señor. Un marine que no sabe sacar de aprietos a los oficiales de los que debe cuidar... Supongo que al tipo del cuchillo le habrán devuelto los dientes con el resto de sus pertenencias— Klaus sonrió con malicia.

Los cadetes observaron atónitos la escena. A diferencia del comodoro Ederhart, era obvio que el enojo del sargento, al parecer común entre todos los suboficiales marines, era en gran parte un formulismo teatral. Sin embargo, el detalle del cuchillo era algo de lo que ninguno de ellos había sido consciente durante la pelea.

Alguno de nosotros podría haber acabado muy mal, pensó Albert.

—¿No os he dicho mil veces que aseguréis una ruta para la retirada de las tropas? ¡Para que se te quede bien grabado correrás durante el resto del mes unas cuantas millas extras cada mañana! ¡¿Entendido?!

—¡Señor, sí señor!— La voz del celeriano no podía ocultar un atisbo de júbilo, como si el castigo impuesto fuera algún tipo de triunfo del que estar orgulloso.

No hay quien entienda a los Marines, pensó Max. Aunque nosotros no tendremos tanta suerte. A lo mejor consigo que me acepten en el Cuerpo...

Tras intercambiar algunas cortesías con el comodoro, el sargento Grünhein y el recluta Heinges saludaron y se despidieron del grupo.

—La próxima vez invito yo— susurró Heinges al pasar frente a los cadetes, justo antes de desaparecer por la puerta.

Una vez agotada la distracción, el comodoro volvió a centrarse en sus ovejas descarriadas. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, Albert se arriesgó a incrementar la ira del oficial.

—Perdón, señor, pero ¿sabe algo de Annerose, digo, de la cadete Rheinhold? Estaba con nosotros cuando empezó todo y no

sabemos nada de ella. No la han trasladado a nuestra celda, así que no creo que la detuvieran.

—No he hablado personalmente con la cadete Rheinhold todavía, pero parece ser que fue ella quien avisó a la policía de lo que estaba sucediendo y acto seguido dio parte a mi asistente.

Maldita sea, ¡nos ha vendido! ¡Mataré a esa mal nacida! Max suprimió el comentario para no provocar al oficial, aunque tomó nota para tener una amistosa charla con su camarada. —Señor, ¿vamos a ser expulsados de la Academia?—
No por favor no por favor no por favor.

—¡Oh, no, cadete Prichner!

El suspiro del joven pudo oírse a kilómetros a la redonda.

—Sin embargo, el capitán Caspian es un buen amigo mío. Y me aseguraré de que haya algunos cadetes bastante ocupados durante su vuelo de entrenamiento.

Con la promesa de Ederhart en el aire, el grupo abandonó en silencio el edificio.

Regresaron a la Academia de la Flota después del amanecer, apenas una hora antes de empezar las clases. Tras un desayuno apresurado, Max y Theodora se incorporaron al Curso de Física Etérica Básica, necesario para acceder a las ramas de pilotaje y navegación respectivamente. Albert intentó localizar sin éxito a Annerose y pasó el resto de la mañana en una lección sobre Ingeniería de Motores Etéricos, aunque prestó bien poca atención.

Al igual que cada día, el grupo tenía previsto reunirse en las inmediaciones de los jardines principales. Albert siempre había encontrado fascinante el diseño de la Academia de la Flota, uno de los primeros edificios que Wilhelm Von Stroiden mandó construir tras proclamarse emperador en el 75 C.E., junto con el Palacio Imperial y el Cuartel General de la Flota. Wilhelm I decidió mostrar la renovación que representaba el nuevo régimen con el traslado de toda la infraestructura burocrática desde la antigua capital Terranova a una nueva

ciudad. Así surgió Mannheim, la actual capital de Lohengrin y, por ello, centro de mando del Imperio. Situada a las afueras de Mannheim, a medio camino entre la capital y la cercana Werner, donde se había instalado el astropuerto principal de Lohengrin, la Academia era un organismo vivo en expansión radial.

El complejo original estaba formado por varios edificios sobrios de mármol oscuro, muy acorde con el espíritu de autoridad de los primeros años del Imperio, y estaba rodeado de jardines y diversos campos de entrenamiento. Las necesidades tecnológicas y la continua expansión de la Flota habían hecho surgir por doquier edificios anexos para albergar las nuevas instalaciones a lo largo de cinco siglos.

Un ojo experto podría haber reconocido una veintena de estilos diferentes, pero la arquitectura no era el fuerte de la mayoría de los habitantes del complejo. Sin embargo, la amalgama de construcciones había impresionado a Albert desde el primer día que entró en la

Academia. Mientras andaba por entre los edificios, camino del jardín principal, no podía evitar sentir un escalofrío ya habitual al pasar junto a la estatua de Wilhelm I que guardaba la entrada al edificio principal de la Academia. Había estatuas del Primer Emperador repartidas por todo el complejo, pero ésta era la primera que se había alzado en él y la que guardaba mayor significado. En su pedestal, una placa de bronce rezaba: *Que los ojos de Wilhelm Von Stroiden contemplen con agrado nuestros actos desde allende el éter.* El Juramento Imperial. Tradición y deber se fundían en el solemne voto que realizaban todos los oficiales de la Flota, como si el emperador fallecido hacía más de medio milenio tuviera poder sobre sus destinos.

El Corazón del Imperio es un museo que intenta vivir de las glorias pasadas.

Albert no había llegado a formular nunca en voz alta esa afirmación, pero sentía que era verdad. Había visitado la capital imperial

docenas de veces en los últimos años y cada vez estaba más seguro de ello.

—¡Eh, Al! ¡Despierta de una vez!

Albert se giró para observar a su acompañante. Jürgen Scholdzt era el último integrante de la "unidad" formada por Max, Dora, Annerose y él, y se había salvado de los desgraciados acontecimientos de la noche anterior gracias a una cita de última hora. Al igual que Albert, Jürg estaba realizando el curso de Ingeniería Militar para poder servir a bordo de una astronave imperial. Aunque para Albert era algo irresponsable, Jürg era un tipo afable capaz de devorar complicados textos técnicos con una facilidad sorprendente y había sido de gran ayuda para todos en lo referente a las asignaturas más avanzadas. Habían sido compañeros de cuarto todos estos años y, a pesar de las diferencias, habían trabado amistad rápidamente.

—¿Es que no puedo dejaros solos? ¡Un día que no voy y decidís quedaros con toda la diversión!

—No bromees, Jürg. Lo de ayer pudo haber acabado muy mal. ¡Ni siquiera vimos al tipo del cuchillo! ¡Si ese marine no hubiera intervenido, alguno de nosotros podría haber salido muy malherido! O peor, ¡podría haber sido una pistola púlsar en lugar de un cuchillo!

—Ciertamente, un final patético para un futuro oficial de la gloriosa Flota Imperial, morir acuchillado en un bar. Basta ya de lamentaciones, Al. Por fortuna, nadie salió herido. Tómalo como otra experiencia de la que sacar una aplicación práctica— su tono de voz cambió para imitar el timbre autoritario del comodoro Ederhart. —Vigila bien tu espalda y no pierdas de vista a ningún enemigo.

A pesar de su preocupación Albert esbozó una sonrisa.

–Deberías haber visto la cara de Max al ver al comodoro. ¡Creí que iba a darle un infarto allí mismo!

Los dos cadetes cruzaron la entrada de los jardines y saludaron a algunos compañeros que iban y venían de un edificio a otro. Los jardines, diseñados junto a la Academia original, eran una extensión de la misma, realizados a imagen de los del Palacio Imperial, pero de tamaño mucho más reducido. En ellos se había construido una serie de fuentes adornadas por estatuas de las figuras más destacadas del entonces naciente Imperio, los líderes de las Siete Familias Imperiales con Wilhelm Von Stroiden al frente como emperador, además de algunos importantes personajes de la época de los que ni Jürg ni Albert conocían la identidad, rodeadas de setos frondosos que formaban pasillos de dibujos geométricos. Al ser una zona de paso obligatoria para casi cualquier destino del complejo, los jardines se encontraban abarrotados de cadetes a todas horas.

Con la familiaridad de años de práctica, Albert y Jürg navegaron automáticamente hacia el punto de reunión de su grupo, un banco de piedra situado en el extremo opuesto a la entrada de los jardines desde el edificio principal. A medida que se acercaban, Albert comprobó que no eran los primeros en llegar. Dos chicas con el uniforme de cadete estaban sentadas en el banco. El uniforme era lo único que ambas tenían en común.

Theodora Muller era alta, más que cualquiera de ellos. Su figura esbelta, su larga melena pelirroja rizada y su rostro, delicado y de expresión decidida, evocaba el de una heroína de las antiguas leyendas sobre Terra o la imagen de la emperatriz Isolde, la esposa de Wilhelm I, la más hermosa de las mujeres del Eje según las narraciones de la historia imperial. La voz de Dora, musical y controlada, les llegaba con claridad ahora que estaban apenas a unos metros de su destino. Dora estaba explicando los detalles de su captura a su acompañante.

En contraposición con Dora, Annerose Rheinhold superaba por poco el metro y medio, una estatura muy inferior a la de la mayoría de mujeres del Imperio. Llevaba el cabello negro y liso recogido en un moño y su expresión era de interés por el relato de Dora. A Albert le recordó la imagen de la madre de ella. Klara Rheinhold era una reputada violinista que, tras la muerte de su marido, había vivido dedicada a la enseñanza musical en Taunus, su mundo natal. Albert había pasado horas en casa de Annerose contemplando cómo Klara intentaba despertar en su hija la pasión por la música, aunque sin demasiado éxito. Annerose era una intérprete de violonchelo competente pero, a diferencia de su madre, no conseguía atrapar al oyente ni hacerle partícipe de un momento sublime de revelación que parecía manar de cada nota que Klara arrancaba a su violín.

Annerose escuchaba con atención en silencio, como si absorbiera las palabras de su amiga y reprodujese en su mente la escena

relatada. Un observador externo habría jurado que la joven se hallaba absorta en la narración, pero Albert la conocía mejor que nadie. Bajo esa aparente concentración total hacia el relato, se escondía un nivel de percepción insospechado. Albert sabía que Annerose prestaba atención a todo cuanto la rodeaba, sin despreciar el menor detalle, por insignificante que pareciese. Estaba seguro de que ella les había visto venir desde que habían entrado en la explanada de las fuentes, aunque no hubiera dado señal alguna de ello.

Lo que más intimidaba a Albert eran esos ojos negros que parecían captar cualquier matiz y almacenarlo para su posterior revisión.

—Mis Señoras—. Jürg ejecutó una inclinación a modo de una burda imitación teatral de un cortesano de palacio. —Vuestra presencia hace mucho más radiante un día tan espléndido como hoy.

Dora interrumpió la explicación al percatarse de la presencia de sus amigos.

—Hola, Jürg. Supongo que Al ya te ha puesto al corriente de la Batalla de Werner. Espero que por lo menos tu velada fuera mucho más placentera.

—¡Oh, no! En absoluto. Resultó que la muchacha sólo me quería por mi inteligencia, así que estuve repasando hasta altas horas de la noche esquemas de motores, diferencias de curvatura de túneles etéricos y cómo éstos afectan al rendimiento de los mismos— explicó con indignación medio fingida. —Un tema fascinante de todos modos, aunque hubiera preferido una compañía mucho más agradable, como la de mi pelirroja favorita.

—Ni en sueños, chico listo.

Albert estaba acostumbrado a la maniobra de flirteo entre Jürg y Dora, pero esta mañana no le divertía. Observó con detenimiento a Annerose. No había signos evidentes del altercado nocturno en el rostro de la muchacha aunque, a juzgar por las palabras de Klaus, probablemente el contrincante más

formidable de la noche anterior había sido ella, salvo con la excepción del gigantesco marine. Albert se encontraba dolorido y tenía algunos morados, pero quien se había llevado la peor parte era Max, que había recibido al inicio de la pelea un fuerte puñetazo en la cara, mientras que Dora parecía haber salido indemne.

Finalmente, se acercó a Annerose y la cogió de las manos. Volvió a mirar su rostro, seguro de que ella se había dado cuenta de su preocupación. Annerose no interfirió en el examen. Tras unos instantes, Albert pareció tranquilizarse al fin, la acarició las manos y la besó lentamente.

—He intentado ponerme en contacto contigo esta mañana, pero la terminal de tu habitación sólo me daba la señal de ausente. ¿Estás bien?

Annerose asintió. Su expresión se suavizó de modo casi imperceptible. Hizo una pausa, como si intentase escoger las palabras adecuadas.

—Creí que Max no sería tan estúpido como para montar un numerito de los suyos, pero me equivoqué.—suspiró.—Pensé que podríamos salir de allí antes de que se desatara una batalla campal, pero cuando vi el cuchillo decidí que sería mejor que la policía calmara los ánimos antes de que las cosas fuesen a peor. Ese marine de Celeres causó la suficiente distracción para que yo pudiese llegar a la puerta, avisar a la policía y desaparecer. Supuse que os retendrían para interrogaros, así que llamé al asistente del comodoro para que os sacara de allí lo antes posible y le expliqué que no habíamos empezado la pelea. Para asegurarme que no se tomaran represalias indebidas, he ido a hablar con el comodoro Ederhart esta mañana a primera hora.

Albert estaba seguro de que probablemente había sido mejor que Ederhart se hubiese enterado del altercado por ella y no por la policía, aunque el enfado del comodoro había sido considerable y la promesa de represalias aún

flotaba en el aire. Annerose no parecía preocupada en absoluto. Sin embargo, la voz de Annerose sonaba natural, como si restara protagonismo a su intervención.

Típico de ella. Se le ha presentado un problema táctico y ha intentado resolverlo como si de un ejercicio de clase se tratara. Ahora sólo queda analizar los resultados y redactar el informe.

—¡Maldita traidora! ¡Nos has vendido a Ederhart!

La acusación llegó inesperadamente mientras hacía acto de presencia Max, preso de un infantil ataque de ira. Había tenido una larga charla con el comodoro, lo que había sacado de quicio al cadete. Al no poder descargar su frustración necesitaba un cabeza de turco para desahogarse. El morado en su ojo izquierdo daba un aire ridículo a su mueca de rabia.

Max apartó a Albert de un empujón, se colocó delante de Annerose y cerró el puño derecho. El cadete superaba la altura de la muchacha por más de un palmo y medio. Irguió

todo su cuerpo como si fuera un muelle a punto de saltar.

Cuando se dio cuenta de su error ya era demasiado tarde. La reacción de Annerose fue tan rápida que nadie pudo intervenir y su ataque, inesperado. Con un gesto fugaz se levantó, cogió a Max del brazo derecho y aprovechó el impulso de su movimiento para proyectar al cadete por encima de su cuerpo y lanzarlo por los aires un par de metros, hasta que se encontró sumergido en la fuente situada frente a ellos. Annerose no alteró en absoluto su expresión durante el breve altercado.

—Me parece que el cadete Prichner necesita refrescarse un poco, así que ¿por qué no le dejamos tranquilo para que recapacite?— dijo Annerose.

Albert y Jürg se quedaron helados ante la demostración. Max, atónito, parecía una estatua inmóvil en medio de la fuente, sin saber si debía estallar de rabia o morir de vergüenza.

–Annerose me ha confesado hace un rato que ha estado acudiendo durante los últimos meses al Curso de Defensa Personal– explicó Dora mirando de soslayo a Max. –Me parece un curso bastante efectivo, a juzgar por el resultado.

Dicho esto ambas mujeres se levantaron y empezaron a caminar de vuelta al edificio principal mientras dejaban a dos cadetes atónitos y a uno en remojo.

–Adelante.

El comodoro Ederhart levantó la vista de la pantalla del ordenador y observó a la recién llegada. Que una mujer vestida con el uniforme azul oscuro de cadete se encontrase saludándole marcialmente en su despacho le habría parecido algo irreal varios años atrás, pero si algo había aprendido a lo largo de su carrera era a adaptarse a los cambios.

–Señor, se presenta la cadete Reinhold.

—Siéntese, cadete— ordenó devolviendo el saludo.

Annerose se limitó a fijar la vista en su superior mientras tomaba asiento frente a él en una silla cómoda pero algo desvencijada.

El despacho del comodoro no había cambiado en las ocasiones que Annerose había sido llamada a presencia del director. Cientos de libros antiguos y pergaminos se encontraban repartidos por toda la sala, catalogados diligentemente en los estantes que recubrían la totalidad de las paredes. A pesar de contar con el apoyo de los milagros de la tecnología moderna, Annerose sospechaba que el despacho conservaba el aspecto de la estancia original, construida tras la proclamación de Wilhelm I. Detrás del escritorio del comodoro se alzaban dos enormes ventanales que se abrían a los jardines principales, lo que ofrecía al director una magnífica vista de la mayor parte de sus dominios.

Ederhart volvió a mirar la pantalla y releyó en silencio la ficha de Annerose. Había revisado su historial en varias ocasiones los últimos años, hasta conocerlo de memoria. No por ello dejaba de sorprenderse cada vez que examinaba los datos.

No todos los días se tiene en la Academia al hijo de un héroe.

El Imperio entero conocía la historia de los hechos que habían sido bautizados como el Incidente Hagen. Durante una visita oficial del emperador Gregor IV al mundo minero de Hagen, un reducido grupo había conseguido secuestrar la lanzadera en la que viajaba la princesa Alia, entonces un bebé de apenas un año. Del séquito imperial, únicamente el teniente Franz Rheinhold, un joven oficial, consiguió sobrevivir. Rheinhold no sólo acabó con los atacantes sino que además rescató a la heredera. Un disparo de pistola pulsar destruyó los controles de vuelo fruto de la lucha y la lanzadera se estrelló en medio de uno de los